



LA PAZ Y LA MEMORIA

ALEJANDRO
MARTÍNEZ
RODRÍGUEZ



ALEJANDRO MARTÍNEZ
RODRÍGUEZ, *La paz y la
memoria*, Los libros
de la catarata, Madrid,
2011, 168 pp. ISBN
978-84-8319-631-1.

NÜREMBERG, enero de 1946, la escenificación pública de los culpables toma cuerpo en la constitución de un tribunal internacional. Los jefes nazis vivos más relevantes son juzgados por crímenes contra la humanidad. Francia, septiembre del 2008, varios historiadores de prestigio firman un manifiesto de defensa de la historia frente a la supuesta agresión que supone la aplicación de la Ley Gayssot. El pasado, declaran, no es patrimonio de los jueces. España, mayo del 2010, el juez Baltasar Garzón, famoso por tratar de encausar a los grandes dictadores del siglo XX, es acusado de prevaricar por incluir en una causa penal los crímenes del franquismo. Todos estos acontecimientos, extremos pero sintomáticos, devuelven la imagen de una dinámica que sitúa la pregunta por la memoria en el centro de nuestras preocupaciones políticas. De la judicialización del pasado a su consideración parcial e interesada, de la entronización de la víctima como el lugar de una ética democrática a su producción y posterior mercantilización, no hay fenómeno relativo a la memoria y a su uso político que no esté atravesado por una incierta ambivalencia, esto es, la constante que coloca la memoria en el centro del debate político internacional: mientras,

por un lado, todo indica que sin perdón, verdad y memoria se corre el riesgo de ceder ante la lógica del resentimiento, por el otro, no hay evidencias de que la organización política del recuerdo no acabe por borrar la imagen del pasado que pretende recuperar.

En este escenario inquietante hay publicaciones que arrojan más luz que otras. Es el caso de *La paz y la memoria*, un intento de conciliar los efectos propiamente políticos de la memoria con un horizonte de libertad ciudadano y democrático. Se ha dicho en un tono decidido que la afirmación de una democracia pasa por la constitución de un único recuerdo común, un tipo de memoria elaborada técnicamente que consolida el presente mediante una serie de experiencias identitarias comunes. Esta es la equivocación del historiador decimonónico, de la que el autor, higiénicamente, pretende desmarcarse. Es también su punto de partida. Este *historiador historicista* (p. 95), sugiere, se relaciona con el pasado como una materia muerta de la que dispone para justificar los intereses políticos del presente, en su mayoría puestos al servicio de los deseos de los Estados que aspiran a una nacionalidad. Estas memorias nacionales, reconstruidas con el prestigio científico del historiador, implican una constitución de recuerdos que necesariamente excluye a las naciones y grupos sociales considerados como enemigos, proyectando sobre ellos dosis importantes de odio y hostilidad. La memoria al servicio de la identidad, autosuficiente, estable y firme, estigmatiza la diferencia hasta auspiciar su propia aniquilación, facilitando experiencias de violencia y enfrentamiento respecto al otro. De ahí el surgimiento posterior de las memorias de los grupos minoritarios, del florecimiento de las



minorías, de la inclusión en el relato oficial de la historia de las mujeres, de las mentalidades, todas ellas derivas historiográficas que ponen en cuestión a su manera la marcha triunfal y profundamente eurocéntrica (p. 72) del progreso (p. 83).

No es casual que detrás de este modelo se sitúe Auschwitz para cuestionarlo de raíz. La experiencia de la Shoah marca el derrumbe de la razón histórica tal y como fue pensada y aplicada por los maestros historicistas. Al imposibilitar toda reducción de los hechos a los elementos que los constituyeron, la intensidad de lo allí sucedido dificulta su conversión en un relato donde prime la constatación de una verdad, lo que concede a la memoria un nuevo estatuto. Lejos de ser un instrumento que sirva a la verdad factual del pasado, la memoria es ahora un elemento de litigio, que no sólo impugna la constitución retroactiva de comunidades nacionales, sino que “nos obliga a posicionarnos continuamente” (p. 22). A partir de aquí las lecturas divergen. Por un lado, están los que piensan que tras el holocausto se esconde un núcleo de universalismo que entiende la aniquilación judía como un límite infranqueable que no se puede volver a suceder. El cuerpo mutilado de los judíos no es propiamente judío, es el cuerpo de la humanidad. La repetición posterior de genocidios en Ruanda, Camboya o Yugoslavia da testimonio de que lo propio del judío no es la especificidad de su cuerpo mutilado, sino que puede ser el de otro cualquiera. La creación de tribunales para juzgar crímenes contra la humanidad a la que el autor dedica unas páginas formidables es su consecuencia lógica.

Por otro lado, tenemos a quienes ven en los campos de concentración el paradigma que retrata el pasado como un elemento de naturaleza esquiva, intraducible al idioma del presente. No hay justicia si hay recuperación, reconstitución, imagen. Esto hace de la crítica al historicismo una crítica a la determinación de la vida del pasado representada de forma diferente por todo intento de reconstitución de la base factual y moral del pasado, lo que nos sitúa en otro terreno: al poner en entredicho de forma definitiva toda posibilidad de reconocimiento, la figura de lo humano se desdibuja hasta encontrarse con su opuesto.

Para muchos de sus críticos, entender la memoria como un elemento iconoclasta que pone en cuestión la noción misma de lo humano no es otra cosa que dejar la democracia, su suerte y su destino en manos del relativismo. Este es el segundo error importante que el autor detecta y al que a toda costa desea resistir. La verdadera crítica del coqueteo teológico del historicismo sólo puede hacerse por los que de forma decidida apuestan por una memoria “que haga pie antes en la ley y en la ciudadanía que en la cultura, la patria y la lengua” (p. 147). El autor menciona en más de una ocasión una dialéctica de la historia (pp. 40-148). Cuando la ausencia de una única narración integradora descompone los grandes relatos en historias y memorias distintas y plurales no se apuesta por un relativismo. Se apuesta por una perspectiva que asuma los retos del presente y por una forma de relación social que trascienda de las trampas de un uso mercantilista del pasado. Las relaciones entre pasado y presente no pueden estar decididas, ya que no hay manera de pasar completamente del uno al otro. Pero sí se pueden medir sus distancias sobre un criterio moral que la misma memoria lleva sobre sí y que cada presente debe aprender a desvelar. La cuestión decisiva es sugerida por el autor sutilmente: el perspectivismo que de este modo se introduce conduce a restar valor a lo propio para prestárselo a lo otro, siempre en perpetuo movimiento y por eso tan alejado de una definitiva reconstitución del pasado. No se reproduce aquí caída en relativismo alguno, sino un pensamiento que está atento a la dimensión emocional, la que, por ejemplo, emana de las víctimas, en la misma medida que no se deja tentar por el ruido de clarines de una promesa infinita, común al capitalismo y a la ciencia.



Esta virtud dialéctica entre el pasado y el presente es la misma que domina el vínculo de la memoria con la paz. No hay una manera definitiva de reparar el conflicto, como tampoco hay un tránsito único entre las demandas del pasado y las exigencias de justicia que colman el presente. Se trata de habitar ese paso civilizadamente, transitar por él de forma provisional, nunca cumplida, y comprender que no se puede hacer sin las garantías de un proyecto ciudadano, es decir, responsable.

El método elegido para ofrecer este succulento menú no es arbitrario. La elaboración modesta y pausada, la claridad de la escritura y la exposición ordenada e inteligible de todos los elementos teóricos, referencias y problemas no sólo demuestra una coherencia buscada que el lector no puede sino agradecer. Se trata también de la estricta aplicación de la empatía que el autor reclama para la articulación de una memoria democrática, nunca lejana de un elegante e incisivo instinto crítico. Lo mismo puede decirse de la dosificación de las citas, de la medida de los contenidos y de la armonía de las formas. Desde el principio al fin es un libro equilibrado, maduro: de análisis incisivo y de mensaje necesario.

José Miguel Burgos Mazas